

Pero ellos no dudan del misterio de sus debilidades, de sus dolores, de sus humillaciones, de su muerte; y por tanto, ese misterio sangriento está en la víspera de cumplirse; el Maestro va á darles el secreto.



CAPITULO XI.

LA MUERTE FUTURA DEL MESÍAS.—LA TRANSFIGURACIÓN.

Jesús no hizo en Bethsaida sino una corta detención. Después de la ruptura definitiva con el pueblo de Galilea, su vida es un viaje sin tregua, lejos de Capharnaum y del lago, por ciudades y aldeas en las que se esfuerza en pasar como incógnito. Recorrió la frontera del país de Tiro y de Sidón y toda la Decápolis, hoy va con sus discípulos, á los alrededores de Cesarea, buscando una soledad más profunda.

El territorio comprendido entre Julias y Cesarea, al oriente del Jordán, es desierto, montañoso y salvaje, aun las ruinas allí son raras; en tiempo de Herodes, debió ser poco habitado. La gran vía romana de Damasco á Jerusalem le cortaba en su latitud. Jesús, encaminándose hacia los caseríos vecinos de la ciudad embellecida por el tetrarca Filipo,¹ debió atravesar esta vía, cerca del puente de las Hijas de Jacob. No tenemos ningún detalle acerca de su acción apostólica y popular en ese país que él visitó por primera vez, allí, como en otras partes, los sufrimientos, las miserias han clamado á él, y las alivió y curó. Sin embargo, su verdadero designio no es evangelizar la

¹ Mat., XVI, 1 y sig.; Marc., VIII, 27 y sig.

tetrarquía de Filipo, sino preparar sus discípulos al fin trágico que le aguardaba.

Las escenas íntimas que pasaron entre ellos y él, eclipsaron á todos los demás hechos en el recuerdo de los testigos; ellas llenan el período intermediario entre el ministerio galileo y el desenlace supremo del que la Judea y Jerusalem debe ser el teatro.

Dos sentimientos contrarios desbordan, en este momento, del alma de Jesús; el abandono del pueblo á quien había tratado, en vano, de unir á la fe, le llenó de tristeza, y la vista de sus discípulos, fieles y creyentes, le daba estremecimientos de alegría. En cuanto á ellos, no parecían haber experimentado ni turbación ni angustia, á consecuencia de la defección que afligió á su Maestro; mientras más abandonado le veían, más se estrechaban en derredor suyo; una fuerza invisible les guardaba contra el entusiasmo popular; inquebrantables en su confianza, ellos se entregaron, tranquilos, á las quimeras gloriosas del futuro Reino, y á las ilusiones que la sabiduría de Jesús bien pronto iba á disipar.

Un día, la pequeña caravana caminaba de aldea en aldea al derredor de Cesarea. Jesús quiso provocar entre los suyos una expresión nueva y decisiva de su fe. ¹ Esto fué en la noche. Él había orado, retirado, según su costumbre. La oración, para él, no era solamente el recogimiento total de su espíritu, de su voluntad, de todas sus facultades humanas, en Dios, su Padre, ella era aún su medio de acción todopoderosa, aunque invisible, sobre el alma de aquellos á quienes quería salvar, elevar y afirmar.

Estando solo con sus discípulos, les hizo esta pregunta:—
“¿Quién se dice que soy?”

Jesús conocía los rumores populares que corrían respecto de

¹ Mat., XVI, 13 y sig.; Marc., XIII, 27 y sig.; Luc., IX, 13 y sig.

él; si él interroga á sus fieles, no es para informarse, sino para conducirles á ellos mismos á proclamar, en oposición con los errores de la multitud, la verdad sobre su persona; esta oposición marcará el abismo que los separa de ella, en lo sucesivo.

Los discípulos respondieron:

—Unos dicen que sois Juan Bautista; otros, Elías, y otros, Jeremías ó alguno de los antiguos profetas resucitado.

Ese testimonio refleja exactamente el estado de la opinión. El pueblo no ve en Jesús al Mesías soñado; el no es á sus ojos, sino uno de esos profetas precusores.

—“Y vosotros,” replicó Jesús, “¿quién decís que soy?” Pedro quien ya había, en el momento de la crisis de Capharnaüm, ¹ protestado por la fidelidad de los Doce hacia el Maestro, confesó, en nombre de todos, su fe y su divinidad:

—Vos sois el Cristo, exclamó, el Hijo de Dios vivo.

Las palabras de Pedro, no son inspiradas por una vaga confianza en la grandeza sobrehumana de Jesús, sino por una fe luminosa, precisa, perspicaz; en su brevedad ellas contienen todo, porque ellas expresan la mesianidad de Jesús y su filiación divina.

La esencia de la fe es entregarnos por completo á aquel que es el objeto de ella. El creyente ya no se pertenece, él renuncia á sus propios pensamientos, á sus intereses, á su iniciativa personal, á todo, y pertenece sin reserva á aquel en quien cree. Él muere para sí para vivir moralmente en otro. Nadie, sino es Dios, tiene el derecho de pedir la fe absoluta; porque todo hombre tiene sus errores, sus faltas, sus imperfecciones, y al abdicar ante un hombre, se hacia el esclavo de las miserias de este hombre. Jesús reclamó la fe total, esta es una señal de que él se atribuyó el privilegio de Dios.

Ahora, después de haber evangelizado á la Galilea, para obtenerla, durante más de siete meses, algunos hombres solamente son conquistados, entre los más pobres y los más ignoran-

¹ Juan VI, 69 y sig.

tes. Lo que los sabios,—Escribas, letrados y maestros,—no han sabido, ó no han querido ver, ellos lo ven y lo publican; lo que su pueblo ha rechazado, ellos lo aceptan. Este puñado de creyentes bastó á Jesús para fundar su Reino, para conmovier y conquistar al mundo.

La confesión de Pedro le conmovió.

—“Dichoso eres,” exclamó, “Simón, hijo de Jonás; no es la carne y la sangre, quien te ha revelado quien soy, sino mi Padre que está en los cielos.”

Reconocer por la fe la mesianidad de Jesús y su filiación divina no está, en efecto, en el poder del hombre: el genio, la ciencia, las tradiciones humanas, no podrían llevarnos hasta ahí. Es preciso que el mismo Dios nos revele á Cristo, y que el hombre acepte esta revelación. El Padre ha multiplicado y multiplica todavía los testimonios en derredor de su Enviado y de su Hijo; pero el hombre que no cree sino en el talento, en su ciencia y en sus tradiciones, se ciega, rechaza los testimonios, niega los milagros, opone á la palabra de los profetas su vana razón, y permanece en las tinieblas. Jesús no le parece más que un sabio ó un profeta, y no el único Enviado, el Hijo de Dios vivo. No es un sabio ni un profeta quien salva al mundo, es Dios solo; y no proclamar la divinidad de Jesús es despreciable. Para vencer al mal, es preciso tener á Dios dentro de sí, y para tener á Dios dentro de sí, es preciso creer en Dios.

El Reino de Jesús verdaderamente comenzó en el día en el que, rodeado de sus discípulos, fué reconocido y proclamado por ellos como Mesías é Hijo de Dios. El lo declaró solemnemente, dirigiéndose á Pedro, y explicándole el enigma del nuevo nombre con el que había sido bautizado, cuando él le vió en las riberas del Jordán, por la primera vez.

—“Tú reconoces en mí al Hijo de Dios vivo, y yo te digo

¹ Locución hebraica de un uso constante en la literatura religiosa y en el Talmud, en particular, para expresar al hombre terrenal, carnal, animal, por oposición á Dios.

que tú eres Piedra, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las potestades del infierno no prevalecerán contra ella. Y yo te daré las llaves del Reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra atado será en los cielos, y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos.”

La fe en Jesús—Dios aparece aquí en toda su grandeza; ella ha valido á Pedro, el primero de los creyentes, ser el fundamento humano, inquebrantable de la Iglesia. Sobre él vendrán á apoyarse todos los elegidos del porvenir, todos aquellos que á su ejemplo creerán que Jesús es el Hijo de Dios. La fe de Pedro y de sus sucesores será indefectible. Los demás podrán ser conmovidos, Pedro y sus sucesores no lo serán. El gran designio del Reino de Dios comienza á aparecer; el plan de Jesús se descubre á los ojos de los discípulos, en ese nombre de Iglesia que él no había empleado. El quiere llamar á él y asociados con él á todos los elegidos diseminados en la tierra, á través de las naciones: esa asociación en una misma fe constituye la Iglesia. Jesús la creó indestructible, invencible. Ninguna potestad en este mundo,—ni aun la del infierno que las resume á todas y representa al genio del mal,—prevalecerá contra ella. Ella resistirá á todo, á la ciencia soberbia, á la falsa religión, á la cultura material, á la política astuta ó brutal, á la corrupción que todo lo destruye, á la inconstancia humana y al tiempo; el Espíritu es su fuerza, y nada de terrenal, de humano, ni de infernal vencerá al Espíritu.

Jesús quiere un poder en esta multitud, una autoridad en su Iglesia, es á Pedro á quien las confiere, al entregarle lo que él llama simbólicamente las llaves del Reino. Pedro gobernará á los creyentes; órgano del Espíritu de Dios, él le dará á los que son dignos, le rehusará á los que son indignos; aquellos que le reciban serán introducidos en el Reino, los que no le reciban serán arrojados. Jesús permanecerá la cabeza invisible; Pedro, el jefe visible, y él no desfallecerá en su misión: Jesús se lo promete.

La razón humana está desconcertada. Un artesano de Ga-

ilea proclamado Hijo de Dios por un pescador de Bethsaida, anunciando que él edificará una obra contra la cual las potestades de la muerte no tendrán ninguna presa en una tierra en donde todo se desploma, en donde sólo el tiempo se encarga de sepultarlo todo en donde ninguna creación del genio,—religión, Estado, conquista, civilización, raza, escuelas, legislación, sistema,—nada dura; prometiendo á esta obra que es su Iglesia la inmortalidad, y dándole por base inquebrantable á un hombre frágil y mortal á quien reviste con una autoridad divina, este es uno de los hechos más extraordinarios de la historia: Vedismo, Bouddhismo, Parsismo, Mahometismo, Filo-sofismo, todo se eclipsa ante esta obra que nada tiene de análogo en las obras humanas.

Jesús se constituye el centro único y la fuerza absoluta. Sólo en él es preciso creer, sólo á él es preciso unirse por la fe. El no apela á ninguna raza particular, á ningún pueblo; él abraza todo lo que vive y todo lo que piensa, todo lo que gime y todo lo que espera. Nada de sistema, ningún código de ley escrita; el espíritu mismo de Dios, su Espíritu, y un poder encargado de difundirlo á su nombre en la humanidad. La razón pervertida todo lo corroe, la voluntad egoísta todo lo demole, la corrupción todo lo gangrena: á las vanas teorías de la razón, ese poder opondrá la doctrina eterna; al egoísmo, á la violencia y á la voluptuosidad él pondrá la justicia, la caridad y la santidad; á las supersticiones de las religiones falsas, los ritos sagrados santificantes, y á los poderes movedizos y tiránicos de esta tierra, una autoridad inmutable y desarmada.

Quando después de diez y ocho siglos, se ve la realización triunfal de ese plan trazado por Jesús en la soledad de las montañas de Cesarea, la audacia de la obra, la grandeza de los obstáculos, la debilidad, la pequeñez de los medios, no permiten pensar en un gran hombre: ellos obligan á reconocer en el artesano la virtud y la sabiduría de Dios.

Jesús obró con una independencia y una autoridad absolutas, él no tiene necesidad de nada de lo creado, su fuerza ordena todo. Los fracasos aparentes que desconciertan á los más firmes genios no le detienen, ellos van á acelerar la ejecución de sus designios.

Después de la defección del pueblo de Galilea, él imprime á su obra un nuevo impulso. El había comenzado por atraer á sus discípulos, después, en el número, él había discernido y escogido doce que hizo sus apóstoles; hoy, da á uno de ellos el primado, prometiéndole, bajo el símbolo de las llaves, la plenitud del poder para el gobierno de su Reino.

La fe es expresiva y expansiva, ella tiene necesidad de comunicarse. A consecuencia de esta escena, los discípulos, enardecidos por las palabras de Jesús, han debido pensar en publicar por todas partes y á todos lo que era su Maestro. El les contuvo. No había llegado la hora para ellos. Si el mismo Jesús no había logrado captar al pueblo á su divinidad ¿cómo podrían conseguirlo ellos? Que ellos guarden en el fondo de su conciencia su fe y su esperanza: ellas se fortificarán al concentrarse. El Maestro les ordena con fuerza, y les intima no decir á nadie que él es el Cristo. Este título se prestaba al equívoco en el espíritu de la multitud. Publicar que Jesús era el Mesías, sería exponerse á renovar la crisis de Galilea, que su sabiduría, su decisión y su firmeza acababan de conjurar. Por lo demás, los mismos discípulos tenían más de una ilusión respecto de la grandeza terrestre de aquel á quien ellos proclamaban el Hijo de Dios. Ellos vivían cerca de él con el deslumbramiento de su santidad y de su potestad: los milagros sin número de quienes ellos eran los testigos desarrollaban en ellos una confianza sin límites en aquel á quien todo obedecía, la naturaleza, los hombres y los espíritus.

Jesús, sintiéndoles más firmes en la fe, les descubrió, en fin, el secreto de su destino,—secreto doloroso al cual, hasta entonces, no había hecho sino alusiones veladas.

¹ Mat., III, 15 y páralel.; Juan, II, 20; III, 14; IV, 52.

—“Es preciso que el Hijo del hombre vaya á Jerusalem, que él sufra muchas cosas, que sea arrojado por los Ancianos, los Escribas y los Príncipes de los sacerdotes; que sea condenado á muerte y que él resucite, al tercer día.”

Mientras que el hombre marcha, como ciego, á su destino, Jesús ve el suyo hasta en los menores detalles, en la voluntad de su Padre de quien nada le es oculto, en las profecías que han predicho sus sufrimientos, en la fuerza misma de los acontecimientos que se desarrollan, y en el odio de sus enemigos que no se saciará sino por su muerte. Al descubrir á sus discípulos el porvenir, él debió dejar aparecer su tristeza de la que su alma, por momentos, estaba invadida hasta la muerte.

¿Cuál fué el efecto de esta declaración solemne?

Los discípulos parecen haberla desechado. La idea de que su Maestro tuviese un fin tan cruel no podía entrar en su espíritu. Su fe en su potestad divina, su afección por su persona, su ilusión respecto al Mesías, todo se les hacía incomprendible.

Pedro, en esta circunstancia, se hizo todavía el intérprete del sentimiento de todos. El llamó aparte á Jesús, y no escuchando más que á su ternura ardiente y á su culto, le reprochó pensar en un destino tan sombrío.

—Maestro, le dijo, que no sea de esta manera. No, esto no os llegará.

Jesús se volvió á él, y con un tono severo le rechazó diciéndole:

—“Lejos de mí, Satanás, tú eres escándalo para mí, porque tú no tienes el gusto de las cosas de Dios, sino de las cosas humanas.”

El Cristo de Dios no es como la sabiduría humana le desea, él es como la Sabiduría eterna le ha concebido. Aquel que para conocerle escucha á la primera, se engaña y jamás comprenderá el doble misterio de su divinidad y de su humanidad; él negará á una ú otra, á la divinidad porque ella le parece

1 Mat., XVI, 21 y sig.; Marc., VIII, 31 y sig.; Luc., IX, 22 y sig.

muy elevada, á la humanidad porque ella le parece indigna; él no penetrará jamás el contraste divino de un Hijo de Dios consagrado á la muerte. Es un Dios suficiente quien salva á la humanidad; si él no fuera mas que un Dios, él permanecería extraño á nuestras miserias; si él no fuera mas que un hombre, él no podría consolarlas; es preciso que el Dios vaya á la muerte y sea mártir; la razón al verle pasar, se escandalizará como Pedro; Jesús la rechazará y ordenará al creyente seguirle en su camino ensangrentado.

Después del reproche vehemente dirigido á Pedro, él quiso marcar á sus discípulos y á todos, lo que él exigía de sus fieles, Ningún Maestro ha pedido más que él. El reclama la abnegación total, la aceptación generosa de todos los dolores, y hasta el sacrificio de la vida. No es bastante el proclamarle Hijo de Dios, es preciso participar del destino doloroso del Hijo del hombre. El veía la cruz en donde debía morir, cuando formuló ese código compendiado del heroísmo que permanece la ley suprema del verdadero sectario de Jesús.

—“Si alguno quiere venir en pos de mí,” exclamó, haciendo señal al pueblo de acercarse, “que renuncie á sí mismo, tome su cruz y sígame.”

Jesús no teme contrariar este indestructible instinto de conservación que se rehusa al sufrimiento y á la muerte; él quiere que se camine en pos de él, débase sufrir ó morir. La verdadera vida, comprada por el sufrimiento ó por la muerte, no es muy caramente pagada.

—“El que quiera salvar su alma más bien que seguirme,” dijo todavía, “perderá la vida que yo le daré; y el que no tema perder su vida de un día por mi causa y la del Evangelio, salvará á su alma y vivirá por mí con la vida que no pasa.”

A la alma es á la que es preciso salvar, porque ella es todo el hombre. “De qué sirve ganar todo el mundo si se pierde su alma? ¿Y qué es lo que el hombre dará en cambio de su alma?”

Esta doctrina, tan desdeñosa de todo lo que los hombres terrestres ambicionan y codician, ese mesianismo espiritual del que Jesús se daba como el representante divino, debió naturalmente, en los Saduceos escépticos, en los Fariseos hinchados del orgullo de su raza y hasta en el pueblo engañado por ellos, provocar alguna sonrisa y algún desprecio. El futuro Crucificado no ignoraba á qué oprobio estarían expuestos los que quisieran seguirle; él prevela á los tímidos y cobardes que se avergonzarían de él, y sabiendo que para el hombre la vergüenza es más terrible de afrontarse que la muerte, él dijo:

—“Se avergonzarán de mí y de mis palabras entre esa raza adúltera y pecadora; pero cualquiera que se haya avergonzado, el Hijo del hombre también se avergonzará de él cuando él llegue ante su magestad, la del Padre y de sus ángeles santos.”

El pensamiento de Jesús abraza todo en su extensión. Siéntese que él vive á la vez en esta tierra y en el cielo, en medio de los hombres y con su Padre; ve el fin glorioso cuando él camina aún en el dolor, y como él quiere que se sacrifique todo á la vida eterna, él quiere que se tiemble ante los terrores del día en el que él aparecerá con la magestad de su triunfo y la omnipotencia de su justicia.

Las sombrías profecías del Maestro pesaban en el alma de los discípulos; el pensamiento de lo que él debía sufrir en Jerusalem, esos deberes severos que él imponía á los que le quisieran seguir, les llevaban al abatimiento y á un secreto espanto. Si aquel á quien ellos confesaban el Hijo de Dios estaba destinado á morir, ¿qué pasaría con su Reino glorioso? Esta muerte desconcertaba sus esperanzas, ellos trataban de alejar su espíritu, no osando pensar en ello ni aun interrogar al Maestro.

El hombre débil cree escapar á los dolores que le aguardan, cerrando los ojos. Jesús respetó esta debilidad en los suyos, y

1 Marc., VIII, 38; IX, 1.

para reanimar su valor, él calló respecto de esos sufrimientos y les habló de su gloria futura. Un cierto día, sintiéndoles más abrumados, les afirmó con un tono solemne que algunos de entre ellos muy pronto le verían.

—“En verdad yo os digo, varios entre vosotros, aquí presentes, no probarán la muerte, hasta que no hayan visto al Hijo del hombre viniendo con su potestad y con su Reino.”¹ Estas palabras misteriosas se refieren á un hecho extraordinario que muy pronto iba á producirse y á justificarles.

Seis días después, en efecto, Jesús llevó consigo á Pedro, Santiago y Juan y les condujo solos al retiro, para orar sobre una elevada montaña. Ninguno de los Evangelios la nombra; el único de los testigos que en sus escritos hace alusión, Pedro, la llama “la Santa.”² La tradición ha designado al Thabor, y ella nunca ha sido, en el curso de los siglos, interrumpida ni contradecida.³ Es de notarse, por el contrario, que hasta el octavo siglo, los indígenas llamaban al monte Thabor el “Agé-Mous,” denominación que no puede tener por origen sino el “Agion-Oros” de Pedro. El se levanta solitario, en pirámide, como un gigantesco pedestal, á más de seiscientos metros á la extremidad Nordeste del llano de Jizreel. Una garganta un poco elevada le separa de las montañas de Nazareth; sus laderas están cubiertas de hermosas encinas entre las cuales serpentea el camino; la cima es un óvalo aplanado, cuya mitad Sur está cubierta de ruinas,—restos de antiguas fortalezas de la época de los reyes de Israel y de la conquista árabe, restos venerables de tres iglesias levantadas en tiempo de Elena, á Jesús, á Moisés y á Elias.

Desde lo alto de los muros desmantelados de las viejas torres ruinosas, se ve desarrollar toda la Galilea, con sus cadenas de montañas, sus valles, sus llanos y un rincón azul de su lago. La tierra está casi desnuda actualmente; por algunos

1 Luc., IX, 27, 28; Mat., XVI, 28; XVII, 1.

2 Pedro, I, 18.

3 Véase el apéndice L: Autenticidad del Thabor.

puntos negros y grises, se adivinan los raros árboles perdonados por el hacha humana. Por todas partes el césped verde, entrecortado por campos trabajados que se alargan en bandas negruzcas como las tiendas de pelo de los Beduinos. Aquí y allá, ciudades, cuyas casas cuadradas, oprimidas las unas contra las otras, parecen grandes colmenas. La vista se pierde en esta terrible ondulación, de una triste desnudez y de un colorido que recrea. En el fondo del horizonte, al Norte, detrás de los montes de Safed, la cresta blanca del Líbano y la cima del Hermón, semejante á la cabeza nevada de un anciano. Al Este, los montes de Djaulan, gran línea inmóvil de la que algunas cimas perturban el nivel. Más lejos, al Este todavía, las montañas de un azul gris de la Arabia Petrea y del gran desierto. El valle del Jordán se ahueca profundamente, dejando ver del lado del Oriente las gargantas salvajes, por las que se precipitan el Hyéromax, el Zerka y el Arnon, y, del lado del Oeste, los grandes ouady Bisey, Adjloun, que descienden del elevado llano de Jizreel. Al Sur, una gran masa del mismo tinte que los montes de Arabia; esas son las mesetas de Moab que dominan la mar Muerta. Hacia el Occidente, las cadenas ásperas de la Judea, las alturas monótonas de la Samaria, y la larga muralla del Carmelo que limita el llano de Meggido.

La vista busca al Mediterráneo: á través de una cortadura del Carmelo y por una garganta de montes de Nazareth, ella la descubre como una mancha azul sobre el fondo claro del cielo. Esta grandeza prevista completa la inmensidad del horizonte.

Ahí es donde, en el centro mismo de esta Galilea que ha visto resplandecer en su dulzura la belleza del Hijo del hombre, ahí es donde, sobre una cima perdida, anegada en la luz, en una noche de Agosto toda llena de estrellas, Jesús llevó á tres discípulos escogidos, preferidos, y les hizo ver, con una claridad que eclipsó el cielo de Oriente, su gloria eterna.

Durante el tiempo que oró, él se transfiguró ante ellos.

El aspecto de su rostro cambió por completo; él resplandeció como el sol; y sus vestidos se pusieron blancos como la nieve, con una blancura tal que ningún batanero podría igualar.

Y hé aquí que dos hombres se les aparecieron, conversando con él: eran Moisés y Elías, rodeados de gloria; ellos hablaban de su salida del mundo.

Sin embargo, Pedro y los que con él estaban, estaban cargados de sueño. Al despertar ellos le vieron en su gloria, y á los dos hombres con él. Y cuando ellos le dejaron, Pedro dijo á Jesús: Maestro, nos es bueno estar aquí; si queréis, levantáremos tres tiendas, una para vos, otra Moisés y la otra para Elías.

En el mismo instante una nube luminosa se formó y les cubrió con su sombra; y de la nube salió una voz: "Este es mi Hijo muy amado en quien tengo mis complacencias, escuchadle."

Al oír esta voz, los discípulos cayeron sobre su rostro, espantados.

Jesús se aproximó á ellos, y les tocó:

—"Levantaos, les dijo, y no temáis nada."

Ellos levantaron los ojos, miraron en su derredor, y no vieron á ninguno. Jesús estaba sólo con ellos.¹

El muro impenetrable que separa al mundo terrestre del mundo divino es roto por un instante. La humanidad aparece en sus diversos estados.

Sobre los tres discípulos que llevan todavía el peso de la vida y á quienes entorpece el sueño, imagen de la muerte, se ve á Elías y á Moisés,—las almas que han entrado en la eternidad; ellas conversan con Jesús quien las domina y quien, en la unidad de su persona, reunió todos los mundos glorificados. Sus vestidos de una blancura de nieve son el símbolo de lo que llegará á ser la materia, en el tiempo de su renovación divina; su cuerpo luminoso deja ver lo que seremos nosotros

¹ Mat., XVII; Marc., IX; Luc., IX.

mismos algún día; su alma, en la que habita el Infinito, revela el destino de todos los espíritus llamados á la vida misma de Dios. La nube luminosa que cubre todo representa al Ser inefable, en cuyo seno todos los elegidos serán recogidos, gozando para siempre, de la alegría y de la gloria del Hijo de Dios.

Hé aquí al Cristo en la magestad de su Reino, en la de su Padre y la de sus santos ángeles.

Este prodigio resalta sobre todos los demás. Cuando Jesús habla como maestro á los espíritus, perdona los pecados, convierte con una sola palabra á las almas, cura á los enfermos, ordena á la naturaleza, al viento y á la tempestad, es sobre los seres superiores que él ejerce su acción; al transfigurarse á sí mismo, se convierte en el objeto del milagro. La Divinidad á la cual estaba unido y que se cubre bajo el velo de una carne semejante á la nuestra, penetra un momento esta carne humillada, la arranca de la obscuridad, de la debilidad, de la pasibilidad, de la mortalidad, para revestirla de claridad y de gloria. Cuando Dios inundará con su esplendor á los espíritus y á las almas, cuando las almas, llenas de Dios, cubran con su belleza á los cuerpos á quienes animan, cuando la materia, espiritualizada en todo su reino, sufra la transformación luminosa que la hará digna de servir de habitáculo á los hijos de Dios glorificados á imagen de Jesús, el Reino del Cielo será perfecto.

El aparece en Jesús transfigurado tal como será para todos, en la consumación de los siglos.

Por esta revelación á tres de sus discípulos, Jesús ha querido mostrar á la humanidad entera el fin glorioso al que llegaría yendo á sufrir y á morir. El dolor y el suplicio no son más que un camino; el término, para él como para nosotros, es la transfiguración de todo nuestro ser en el esplendor de Dios.

No son solamente su rostro y su cuerpo los que resplandecen con brillo, sus vestidos tienen la blancura de la nieve: todo lo que toca á Jesús está transformado con su luz.

Dos personajes misteriosos están cerca de él; Moisés, el gran legislador, Elías, el gran profeta; ellos conversan de su salida del mundo, de su "Exodo," que debe tener lugar en Jerusalem. Yendo á morir allí, Jesús cumplió la Ley representada por Moisés y realiza la palabra de los profetas personificados en Elías. El terminará con más grandeza que ellos; él no morirá, como Moisés, con el beso del Eterno; él no será arrebatado como Elías, por el carro de fuego, él se entregará por amor, con una muerte ignominiosa, á la cólera de Dios.

Los discípulos presentes á esta escena que la oración de Jesús había evocado de las profundidades del cielo, estaban dormidos. Al despertar, ellos fueron invadidos de una alegría interior: ellos querían fijarse con su Maestro sobre el Thabor. La presencia íntima de Dios en la conciencia pura, está siempre acompañada con ese estremecimiento inefable con el que se mezcla una especie de sobrecogimiento: con la proximidad del Ser infinito, el hombre se desvanece por su pequeñez.

Dios va á revelar que él está allí bajo la imagen de una nube luminosa cubriendo á Jesús, á Elías y á Moisés, y á los tres Apóstoles. Esta misma nube que se había mostrado en el desierto¹ al pueblo de Dios y á la inauguración del templo de Salomón², aparecerá todavía en el triunfo de la Ascensión de Jesús. Y salió una voz, la voz misma de Dios, diciendo: "Este es mi Hijo muy amado, mi escogido: escuchadle."

Ha sido precisa una nueva intervención del Padre para persuadir y ordenar á los discípulos el seguir y escuchar á su Hijo en el cumplimiento de su destino doloroso.

Pedro que había dicho á Jesús: "No plazca á Dios! esto no os acontecerá," Pedro escucha hoy la voz de Dios mismo, diciendo: "Escucha á mi Elegido, todo lo que te diga; sígueme por todas partes adonde te lleve, cualesquiera que sea el camino." Y para poner en relieve esta autoridad única, soberana, de Jesús, el único Maestro de los hombres, en el mismo ins-

¹ Exod., XIII, 21 y sig.; XVI, 10; XIX, 9; XXXIII; XXXIV; XI, pasim.

² Chron., V, 13, 14.

tante el gran legislador y el gran profeta desaparecieron; Jesús queda solo,

La ley, es él; la luz, es él; todo lo que le ha precedido no tiene mas que desvanecerse en su presencia; él muestra, solo, á la humanidad, el término al que ella aspira, y él abre, solo, la vía por la que ella debe marchar; si esta vía es heroica, el fin sobrepuja todavía á nuestras esperanzas. El podrá pedirlo todo, porque él puede prometerlo todo; y si la muerte es un camino, se marchará con él á la muerte para entrar en la vida.

La crítica racionalista que, por sistema, excluye todo elemento milagroso en la vida de Jesús, ha negado el hecho de la transfiguración, en el que todo es prodigio, analizándole hasta en los menores detalles para mostrar la imposibilidad y la inverosimilitud. Ella no ha podido aceptar que el cuerpo de Jesús fuese transformado en cuerpo luminoso y que sus mismos vestidos se hubiesen hecho más resplandecientes que la nieve; la experiencia prueba, sin embargo, que el genio y la virtud pueden dar al rostro del hombre una especie de esplendor inmaterial. Ella ha tropezado con la presencia de dos muertos: Elías y Moisés, como si los muertos estuviesen aniquilados, como si las relaciones entre el cielo y la tierra, entre el reino de los fallecidos y el de los vivos, no fuesen mas que un sueño. Ella se ha preguntado cómo los Apóstoles habían podido reconocer á los dos interlocutores de Jesús, quienes, en la narración no están nombrados, como si su lenguaje ó la imagen tradicional y popular que se hacían los judíos no hubiera podido señalarles. Ella no ha querido comprender el fin moral de esta escena divina, aún cuando sea una garantía más de su historicidad. Ella ha tratado de explicarla; sus tentativas son más débiles que sus objeciones.

La escuela mítica¹ ahí ha visto la invención de los discípulos de Jesús queriendo glorificar á su Maestro y elevarle so-

¹ Cf. Strauss, Das Leben Jesu, 2 Band—Weis, Evang Gerichte, 1 Band.

bre Moisés y los profetas; pero no se ve en ninguna parte nacer á esta fantasía; la hipótesis de una leyenda no explica pará nada los detalles históricos tan precisos como aquellos que, en los tres Evangelios, ciñen el hecho; ella no da razón de la prohibición severa de Jesús á sus apóstoles de publicar un hecho que, según ella, jamás habría existido; ella está además en contra del testimonio de Pedro, uno de los testigos, escribiendo, algunos años después: "No es según vanas leyendas que nosotros hemos revelado la potestad y la realidad de Nuestro Señor Jesucristo, sino como testigos de su grandeza. El recibió, en efecto, de Dios Padre, honor y gloria. Una voz ha descendido sobre él del seno de esta gloria resplandeciente: Este es mi Hijo muy amado, yo me complazco en él. Y esta voz venida del cielo, nosotros la hemos escuchado, nosotros mismos, estando con él sobre la montaña Santa."¹

La explicación mítica no prevalecerá nunca contra un testimonio tan formal que excluyó con el mismo golpe la teoría que ensayó cambiar la escena real en una sencilla visión subjetiva. No se comprenderá jamás por otra parte que Jesús haya dado importancia á una ilusión de sus discípulos, y que él haya prohibido el referirla hasta después de su resurrección de entre los muertos.²

Un espíritu imparcial y exento de todo sistema estrecho, teniendo que escoger entre la letra de las narraciones evangélicas y las explicaciones que se dicen críticas, jamás vacilará. Las narraciones nos dominan, ciertamente, por su grandeza divina; pero ellos no tienen contra ellas sino esta grandeza misma, y ellos se explican por la potestad de Dios; las hipótesis racionalistas están á nuestra altura, es cierto; pero ellas se estrellan contra la afirmación de los testigos, y ellas no

¹ Pedro, I, 16. La crítica, es cierto, ha ensayado combatir la autenticidad de la Epístola, ella no ha producido contra ella ningún argumento decisivo. Todo el contenido de la carta atestigua en favor de la opinión tradicional, y desde el primer siglo, la obra está citada por San Clemente. (Ep. ad Corinth., II, por San Policarpo (ad Thil., n. 1, 2, 5, etc.) y Papias (Euseb., Hist. eccles., III, 39).

² Mat., XVII, 9; Marc., IX, 8, 9; Luc., IX, 36.

podrían apoyarse sobre nada positivo, para justificarse del reproche de lo arbitrario. A las invenciones fantásticas del hombre la historia del Evangelio opone las manifestaciones positivas de Dios.

La Transfiguración no es un hecho accidental en la vida de Jesús, ella corresponde á las leyes que rigen el desarrollo; ahora, una de las más constantes, es que la humildad del hombre hace siempre brillar en Jesús al Dios oculto: mientras más se humilla en la aceptación voluntaria del sacrificio, del dolor y de la muerte, la divinidad resplandece más en él y le exalta.

Cuando él va á pedir el bautismo de Juan, como un pecador, el cielo se abre sobre su cabeza; en el momento en el que él se resuelve á cumplir toda la justicia, él se escucha llamar el Hijo muy amado del Padre; en pleno triunfo galileo, él renuncia á toda gloria terrestre, rechaza la intervención de un pueblo presto á proclamarle rey, y, en la misma noche, camina sobre las aguas, calma la tempestad, y aparece el soberano de la naturaleza; él viene á declarar á sus discípulos que él debe ir á Jerusalem, á sufrir y á morir; seis días después, hele aquí en la gloria de su Reino, superior á Moisés y á Elías, maestro universal y único, resplandeciente de claridad y de inmortalidad, transfigurado con la luz de su Padre; algunos meses más tarde, abrumado por el pensamiento de sus sufrimientos, él clamará á su Padre: "Sálvame. . . ¡Mas yo he venido para sufrir, oh Padre, glorificad vuestro nombre!" Una voz poderosa como el rayo le responderá: "Yo le glorificaré."

Llegada la hora, él se entregará al insulto, á la muerte, bajará al sepulcro; el Espíritu vivo le arrancará de la muerte y de la tumba para arrebatarse á la gloria.



CAPITULO XII.

ULTIMAS PLÁTICAS EN CAPHARNAUM.

El gran medio de afirmar el valor y la voluntad desfallecida, de calmar las vacilaciones del espíritu ante el obstáculo y los peligros, es mostrar, aun cuando no sea sino por un instante, la verdad, la belleza, la santidad y la gloria que resultará del obstáculo vencido. La esperanza, con esta vista, se levanta, las convicciones se enardecen, y el alma, deslumbrada se hace capaz de todo. Al obrar así respecto á tres de sus discípulos, Jesús ha puesto en ellos un germen de energía, y se ha reservado un punto de apoyo para levantarles á todos; el abatimiento, el desaliento, las angustias, vendrán á estrellarse contra el valor y la fe de los tres privilegiados.

Al día siguiente, Jesús descendió con ellos del Thabor. Caminando les dijo:

—"No conteis á nadie la visión, hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos."

Los dones divinos exaltan al alma y la hacen expansiva.

1 Mat., XVII, 9 y sig.; Marc., IX, 8 y sig.